

## Los caballeros las prefieren vivas

Ya saboreaba la tarta de queso cuando en Antena 3 anunciaron un nuevo caso de violencia de género. La mató en medio de la calle, lo habían atrapado. Sufrí la consternación del momento pero la costumbre mitiga el dolor convirtiéndolo en malestar pasajero, o eso pensaba, hasta que se publicó la fotografía del presunto asesino.

Andrés Camuñas miraba al espectador sonriente en el lado izquierdo de la pantalla mientras el comentarista relataba los avances del caso. Con el aspecto de un galán de telenovela, a su espalda aparecía el mobiliario de jardín de la casa de mi primo. En tantos meses, no había cambiado nada.

Conocí a Andrés en verano, un San Juan en la playa. No era la clase de evento social que podía apasionarme de no ser por la posibilidad de conocer gente. Gente como él, por supuesto, nuevos ricos que hacen lo que pueden por sacudirse la caspa de su vida anterior. Esa vez si me alié con las pretensiones familiares. A darlo todo, con un vestido azul corto y carmín rojo. Estaba sola, jugando al Candy Crush mientras reunía fuerzas para intentar socializar de nuevo. Cuando levanté la vista tenía un vaso de cerveza a dos palmos de mi nariz.

—Hola—dijo él—¿Puedo ofrecerte una cervecita fresca?

—Sí, gracias

—Juanjo me ha dicho que eres traductora—continuó mientras se acomodaba en una silla a mi lado—a mí... se me dan muy bien las lenguas.

Sólo él se rio.

—Es broma, soy entrenador personal de ricos—hizo una pausa—Me llamo Andrés.

—Beatriz—Estrechó mi mano con fuerza, sin dejar de mirarme con sus ojos verdes, que me agarraban como brazos mecánicos impidiendo fijar mi atención en nada más. En aquel momento me parecía el hombre más guapo de la fiesta, y hablaba conmigo.

— ¿Quieres otra?—dijo, señalando al vaso vacío entre mis manos.

Asentí. Me asombraba, más por la falta de costumbre, esa solicitud que tenía conmigo. Diez minutos intentando hilvanar una conversación terminaron con todas mis esperanzas de que pudiera ser de esa clase de hombres. No lo haría, sin embargo, su amabilidad, y ese primer plano que se esforzaba en ofrecerme en todo momento de sus pectorales no era desagradable.

Con la cuarta cerveza se volvió más locuaz, hablamos de comida, de dietas, del gimnasio, del tiempo. Mientras intentaba seguirle la verborrea me di cuenta de que había puesto su mano sobre mi muslo, levantó un poco el vestido acariciando la zona por encima de la rodilla. No le dije nada. Sólo retiró su mano cuando los ojos de Juanjo pasaron peligrosamente cerca. Nos reímos.

Él habló hasta mucho después de que todos salieran del chapuzón de la tarde. No decía nada interesante, y yo me centraba en escucharle, maravillada porque siguiese allí con la cantidad de mujeres solteras en la fiesta. Nos dimos los teléfonos, luego desapareció hasta la noche.

La marea acariciaba mis tobillos que temblaban de emoción pensando en Andrés. Llevaba un buen rato ahí, mirando el mar como una tonta. Juanjo no dijo nada cuando me alejé de la fiesta. Había reservado una cala de arena blanca cerca de la casa para sus invitados. Me había puesto mi vestido blanco, las sandalias de piedrecitas, un carmín rosa. De alguna forma lo sentí llegar y la película se encendió en mi mente. Allí estaba, muy cerca, moreno, en bermudas, con la camiseta pegada a sus músculos.

No hubo palabras mientras nos íbamos a otro lugar. En aquel momento la cabeza me había abandonado, el flujo de pensamientos se detuvo. Sólo sentía su mano estrechando la mía con una presión firme. Me ardían las mejillas y ese calor descendía por todo mi cuerpo hasta el vientre.

—Las estrellas son preciosas en esta parte de la playa...

Asentí. No hubiera podido decir nada inteligente. Andrés me agarró por la cintura atrayéndome hacia él, me besó. Yo le dejaba hacer mientras descubría mi cuerpo bajo el vestido. Nos tumbamos en la arena que para aquel momento tenía el tacto de sábanas recién estrenadas. No dudó ni un solo segundo. Era tan directo que pronto me

encontré hechizada por el vaivén de sus acometidas, el resplandor del fuego nos llegaba por uno de los recovecos mientras intentaba no hacer mucho ruido.

De repente era lunes y el nombre de mi tren resplandecía en el panel. Andrés me besó con un tinte apasionado. Dijo que me llamaría.

El teléfono sonó por primera vez un viernes por la tarde.

—Hola princesa ¿Te hace ir a otra fiesta en la playa el sábado?

Mi silencio se alargó durante segundos interminables.

—¿Princesa?

—No puedo Andrés, tengo que ir a ver a mi madre, que lleva unos días mal de la cadera.

—Ah, vaya, Juanjo no me había dicho nada...

—Bueno no creo que os de tiempo a hablarlo en el partido de fútbol.

—¡Eh!

Colgué, poco después volvió a sonar, así durante meses. No respondí, y su enfado se saldó con mi paciencia toda la noche. Silencié el móvil, llamaba al fijo. Despuntaba el sol al otro lado de las ventanas cuando empezaron a llegar como una bandada de avispa los whatsapps. Las amenazas se renovaban a cada hora. Andrés había trazado tan rápido las líneas de mi cárcel que ya no podía salir. Pero él no era el único carcelero, mi familia seguía preocupada por si no conseguía casarme.

Pensé que se cansaría, pero no lo hizo. El último llegó hace un mes, a la hora de la cena, estaba mirando las noticias. Decía que me añoraba, quería verme. Lo borré después de leerlo. Pero me callé, durante todo ese tiempo. Supe que se había comprometido con una chica de su vecindario, monísima, una mujer encantadora y fiel según Juanjo. Y yo tampoco dije nada. Y ahora no queda nada que decir, sólo flores, concentraciones de repulsa, y el silencio. El silencio y el olvido para esa mujer que podría haber sido yo.